

TALLER PARA PÁRROCOS FIESTA EL BUEN PASTOR

MAYO 03 DEL 2010



"Deseo que la Iglesia recorra este camino al servicio de las vocaciones abriendo brechas en el corazón de los fieles, para que cada uno pueda descubrir con gratitud la llamada de Dios en su vida, encontrar la valentía de decirle 'sí', vencer la fatiga con la fe en Cristo y, finalmente, ofrecer la propia vida como un cántico de alabanza a Dios, a los hermanos y al mundo entero".

Estas palabras del Papa Francisco me desafían, me animan a ser el primer animador vocacional en medio de mi comunidad parroquial, toda vez que me hacen consciente de las oportunidades y posibilidades que tengo en el amplio campo evangelizador de animar a otros al reconocimiento, discernimiento y compromiso con su vocación específica.



Conferencia Episcopal
de Colombia



PASTORAL VOCACIONAL
ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

"YO SOY LA PUERTA DE LAS OVEJAS... QUIEN
ENTRA POR MÍ SE SALVARÁ... Y ENCONTRARÁ
PASTOS. (JN 10,7.8).

UNA CONSCIENCIA

¿POR QUÉ ME HICE SACERDOTE? NO PODRÍA DECIRLO. YO NO QUERÍA EN REALIDAD HACERME SACERDOTE. HA RESULTADO ASÍ.

En las instrucciones para la elección de estado, san Ignacio distingue «tres tiempos para hacer sana y buena elección»: «el primero es, cuando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad que, sin dudar ni poder dudar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado, así como san Pablo y san Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor». Ahora se ha difundido, no sé cómo, la opinión de que ese «primer tiempo» es algo que sólo se da a las «almas superiores», mientras que las almas ordinarias deben contentarse con el segundo o más bien con el tercero donde todo depende de leves consolaciones o simplemente de reflexiones racionales.

Pero se pueden también considerar las cosas de otra manera, y esto es lo que hace el mismo san Pablo cuando rechaza toda participación en el mérito de su vocación apostólica: «El hecho de predicar no es para mí motivo de soberbia. No tengo más remedio y ¡ay de mí si no anuncio el evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga. Pero si lo hago a pesar mío es que me han encargado este oficio. Entonces, ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el evangelio, anunciándolo de balde» (1 Cor 9, 16-18).

El que elige el sacerdocio según el «tercer tiempo», lo ha elegido por sí mismo y ha podido considerar las razones por las cuales lo hace: ha medido por adelantado la altura de los valores a conseguir, la hondura de su propia indignidad, el carácter urgente de la llamada y la gracia que le atrae. Ha llegado a las puertas del seminario tras una evolución que le ha llevado interiormente a cierta madurez, a cierto conocimiento experimental.

Pero Leví, al levantarse de su mesa de recaudador, a la señal del Señor, es ignorante como un recién nacido. No sabe qué le ocurre. Y el sabio rabino a quien derribó del caballo el rayo de la gracia, reconoce su ignorancia: «Señor, ¿qué quieres que haga?».



Ambos autores, Mateo y Pablo, adquirirán después mucha «gloria» por sus acciones, pero para empezar ha habido en ellos una radical humillación. De la nada no sale nada. Esta escueta experiencia personal de Pablo ha terminado por constituir toda su doctrina, por lo que toca a obras y gracia, ley y evangelio; y análoga fue también la experiencia de Mateo, que le permitió confrontar Antiguo y Nuevo Testamento con inexorable y afilada claridad. Hoy, al cabo de treinta años, podría volver a encontrar, en aquella vereda intrincada de un bosque, en la Selva Negra, cerca de Basilea, el árbol junto al cual sentí como un relámpago.

Era yo estudiante de germanística y seguía un curso de ejercicios de mes para estudiantes seculares. En aquel ambiente se consideraba realmente como una desgracia que alguien desertara para ponerse a estudiar teología.



Pero no fue la teología ni el sacerdocio lo que me entró por los ojos, sino simplemente esto: no tienes nada que elegir, has sido elegido; no necesitas nada, se te necesita; no tienes que hacer planes, eres una piedrecita en un mosaico ya existente. Sólo tenía que «dejarlo todo y seguir», sin intenciones, deseos, expectativas; sencillamente quedarme quieto, esperando a ver en qué me usaban. Y así ha sido desde entonces.

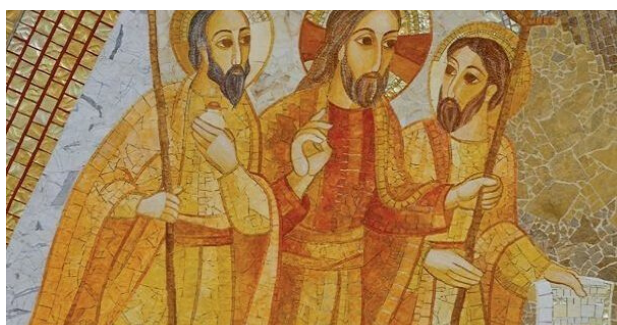
Pero si pensara que Dios me ha instalado en una seguridad, dotándome de una misión especial, en cualquier momento podría hacerse evidente que Él es libre para cambiarlo todo de arriba a abajo, aun contra la opinión y costumbres de su instrumento. Lo único sorprendente es que esta ley de vida, que rompe y que rompiendo cura (como el hueso de la pierna de san Ignacio), se me presentara tan inmediatamente como consigna.

Posiblemente lo mismo le pasaría al impaciente Saulo. ¿Qué tiene que ver todo esto con el sacerdocio? Quizá nada, y quizá mucho. Quizá nada, porque si entonces hubiera conocido la vida de los institutos seculares, acaso hubiera considerado posible la solución dentro del trabajo secular.

Pero quizá mucho, porque hay una Providencia que me llevó derecho al sacerdocio. Y que, al prepararme para la ordenación sacerdotal, me hizo comprender que el sacerdocio era exactamente esa manera de estar disponible, esa prontitud para dejarme llevar de cualquier modo al servicio de Dios y de su Iglesia.

Y así se me ocurrió poner atrevidamente en el recordatorio de mi primera misa estas palabras del canon romano (comprensibles para pocos de los lectores, y durante mucho tiempo escasamente transparentes para mí mismo en sus consecuencias): «Benedixit, fregit, deditque» (bendijo, partió, dio). Entonces me pareció esto un modo discreto de asumir la parte del criado en la parte del Señor, sin que nadie tuviera que fijarse en mí.

Hans Urs von Baltasar



UNA MEDITACIÓN

LECTURA DEL SANTO
EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,
35-4

En aquel tiempo, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios». Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabbí - que quiere decir, "Maestro" - ¿dónde vives?» Les respondió: «Venid y lo veréis». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. El primero a quien encontró Andrés, fue a su hermano Simón, y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías" (que quiere decir 'el ungido'). Lo levó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él su mirada, le dijo: "Tu eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás (que significa Pedro, es decir, "roca")

Palabra del Señor

"encontrar la valentía de decirle "sí", vencer la fatiga con la fe en Cristo y, finalmente, ofrecer la propia vida como un cántico de alabanza a Dios, a los hermanos y al mundo entero" Francisco

LAS PALABRAS DE LA VOCACIÓN

GRATITUD. Así pues, la primera palabra de la vocación es gratitud. Navegar en la dirección correcta no es una tarea confiada sólo a nuestros propios esfuerzos, ni depende solamente de las rutas que nosotros escojamos. Nuestra realización personal y nuestros proyectos de vida no son el resultado matemático de lo que decidimos dentro de un "yo" aislado; al contrario, son ante todo la respuesta a una llamada que viene de lo alto. Es el Señor quien nos concede en primer lugar la valentía para subirnos a la barca y nos indica la orilla hacia la que debemos dirigirnos. Es Él quien, cuando nos llama, se convierte también en nuestro timonel para acompañarnos, mostrarnos la dirección, impedir que nos quedemos varados en los escollos de la indecisión y hacernos capaces de caminar incluso sobre las aguas agitadas.

¿Quiénes me señalaron a Jesús como el Cordero de Dios, en mi historia vocacional? Hago memoria de sus rostros, nombres y circunstancias...



El Señor sabe que una opción fundamental de vida —como la de casarse o consagrarse de manera especial a su servicio— requiere **VALENTÍA** valentía. Él conoce las preguntas, las dudas y las dificultades que agitan la barca de nuestro corazón, y por eso nos asegura: "No tengas miedo, ¡yo estoy contigo!". La fe en su presencia, que nos viene al encuentro y nos acompaña, aun cuando el mar está agitado, nos libera de esa acedia que ya tuve la oportunidad de definir como «tristeza dulzona» (Carta a los sacerdotes, 4 agosto 2019), es decir, ese desaliento interior que nos bloquea y no nos deja gustar la belleza de la vocación.



¿Cuáles fueron las motivaciones que me llevaron a quedarme con Jesús en el ministerio sacerdotal?

DOLOR

En la Carta a los sacerdotes hablé también del dolor, pero aquí quisiera traducir de otro modo esta palabra y referirme a la fatiga. Toda vocación implica un compromiso. El Señor nos llama porque quiere que seamos como Pedro, capaces de “caminar sobre las aguas”, es decir, que tomemos las riendas de nuestra vida para ponerla al servicio del Evangelio, en los modos concretos y cotidianos que Él nos muestra, y especialmente en las distintas formas de vocación laical, presbiteral y de vida consagrada. Pero nosotros somos como el Apóstol: tenemos deseo y empuje, aunque, al mismo tiempo, estamos marcados por debilidades y temores.

¿Cuáles fueron las motivaciones que me llevaron a quedarme con Jesús en el ministerio sacerdotal?



Y entonces, aun en medio del oleaje, nuestra vida se abre a la alabanza. Esta es la última palabra de la vocación, y quiere ser también una invitación a cultivar la actitud interior de la Bienaventurada Virgen María. Ella, agradecida por la mirada que Dios le dirigió, abandonó con fe sus miedos y su turbación, abrazó con valentía la llamada e hizo de su vida un eterno canto de alabanza al Señor.

ALABANZA

¿¿A quién le puedo anunciar de modo concreto, en este tiempo, que también yo he encontrado al Mesías e invitarlo a caminar en la vida sacerdotal?



UNA MISIÓN



En mi oficio de párroco ¿Qué acciones concretas podría fortalecer para la animación de las vocaciones a la vida matrimonial, al ministerio sacerdotal, a la consagración religiosa y al servicio laical?

ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización.

Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración.

Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso.

Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios".

Papa Francisco



"...Deseo que la Iglesia recorra este camino al servicio de las vocaciones abriendo brechas en el corazón de los fieles, deseo que la Iglesia recorra este camino al servicio de las vocaciones abriendo brechas en el corazón de los fieles." Francisco